

Viéndolo los demás así rodando,  
E ya ser imposible remediallo,  
Al sumo Hacedor están rogando  
Que tuviese por bien de perdonallo:  
Para lo sepultar yendo bajando,  
Oyeron dar relinchos al caballo,  
Y al Hermosa hallaron tan sin daños  
Que vivió después desto muchos años.

Volvieron ansimismo á Venezuela  
El Bartolomé Berzar, y Zamora,  
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,  
Que ha poco que vió postrera hora;  
Otros del alemana parentela  
En silencio se pasan por agora,  
Pues para proceder en el intento  
Menester hemos ya cobrar aliento.

## CANTO TERCERO.

Donde se cuenta la venida del doctor Antonio Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció.

En Indias es costumbre bien usada  
Cometerse gobiernos á letrados,  
Y siendo la razon considerada,  
Es justa; pero por nuestros pecados,  
De tan estendidísima manada  
Salen muy pocos dellos acertados,  
Unos por gran sultura de conciencia,  
Otros porque carecen de experiencia.

Los cuales seria bien no gobernasen  
Hasta pasar siquiera de pasantes,  
O por mejor decir que los pasasen  
A desiertos de tierras tan distantes  
Que por ninguna via trompezasen  
En cosa que criase litigantes;  
Pues los mas destos en poblada tierra  
Adonde mora paz encienden guerra.

Pervirtiendo las buenas intenciones  
De Bartulos y Baldos y Felinos,  
Abades, Albericos y Jasones,  
Con otros de jurídicos caminos;  
Y ansi, por aliciones ó pasiones,  
Se arrojnan á trescientos desatinos,  
Sin que temor alguno los fatigue,  
Habiendo Dios y rey que los castigue.

Bien pudiera gastar alguna vela  
En este caso, pues me da gran cebo  
La confusion que de presente vuela  
Por este miserable reino nuevo;  
Mas quiero concluir con Venezuela,  
Por no quebrar aquel hilo que llevo,  
Adonde vimos al doctor Navarro,  
Que vino por auriga deste carro.

Era vaso de muy poca prudencia,  
Y no para tal cargo suficiente;  
Vino con provisiones del audiencia,  
Estando Fuen Mayor por presidente,  
Y para que tomase residencia  
Al dicho George Espira y á su gente,  
El cual, por mas autorizar su mando,  
Aborcó dos soldados en llegando:

No de los que dejó recién venidos,  
Pero de todos la mayor nobleza,  
Quedaron grandemente desabridos  
De ver la crueldad y la torpeza,  
Y ansi por se hallar allí perdidos,  
Sin ver remedio para su pobreza,  
Huyéronse, sin que el doctor los sienta,  
La vuelta de Cubagua hasta treinta.

Entrellos el Pancorvo y el Castrillo,  
El Diego de Urriola y Bustamante,  
Sancho de Villanueva, Joan Morcillo,  
Todos y cada cual hombre bastante,  
Francisco de Velasco por caudillo,  
Alférez del Espira ya vacante,  
Con otros que cumplieron este cuento,  
Con quien yo tuyo gran conocimiento.

Visto por el doctor el movimiento,  
Con copia de los hombres mas insines  
Determinó de ir en seguimiento,  
A fin de castigar tales motines;  
Y sabido que van por barlovento,  
Por guías que sabian los confines  
Supieron atajar de tal manera  
Que pudieron tomar la delantera.

Vinieron á caelles en las manos,  
Y todos, sin mostrar alteraciones,  
A prima fronte se mostraron llanos,  
Con algunas disculpas y razones,  
Pero, como mañosos baquianos,  
Debajo de dañadas intenciones;  
Y el Velasco, que mas astuto era,  
Al doctor le habló desta manera:

« Señor doctor, nosotros no faltamos  
Del servicio del rey, ni tal queremos,  
Mas como sus vasallos nos pasamos  
A tierras do mejor le serviremos;  
Pues ve vuestra merced cómo llegamos,  
Y la necesidad que padeceemos,  
La cual tampoco puede socorrélla  
Vuestra merced, pues no vive sin ella.

» Porque si para lo que se procura  
Tuvieramos un recurso liviano,  
¿ Qué mayor bien ni qué mayor ventura  
Que subyeccion debajo vuestra mano?  
Cuyo valor, primor y gran cordura  
Todos juzgamos ser don soberano,  
Con otras excelencias que la fama  
Con gran verdad aqui y allí derrama.

» Pero puesto que esteis bien proveído  
De tantos dones de naturaleza,  
A todos es notorio y conocido  
No poder remediar nuestra pobreza;  
Y si con todo esto sois servido  
Que no dejemos vuestra gran nobleza  
Por cierto, sin usar contrarios modos,  
Que vuestra voluntad es la de todos.

» Publíqueseos vuestro mandamiento,  
Y ese será la regla y el cuadrante;  
Pues á tener contrario pensamiento  
Pudieramos estar tan adelante,  
Que no nos alcanzara ni aun el viento,  
Cuanto menos la gente circunstante;  
Mas caminábamos como forzados,  
Por seros todos muy aficionados.

» Aquí no rehusamos la carrera,  
Y está debe de ser lo que conviene,  
Porque vuestra merced, aunque no quiera,  
Al fin nos ha de dar de lo que tiene;  
Conocemos también que donde quiera  
Falta prosperidad que nos despene,  
Y demas de volver con quien volvemos,  
Volvemos á la tierra que sabemos.

Como se vió poner en tanto precio  
El buen doctor se vido triunfante,  
El cual, demas de ser no poco necio,  
Pecaba grandemente de arrogante,  
Al fin, lo que se dijo por desprecio  
A él le pareció razon bastante;  
Y antes de volver á la marina  
Ranchear los confines determina.

» Parecióle tener segura prenda,  
Por ser Velasco mozo tan honrado,  
Y ansi, sin proceder en la contienda,  
Allí paró por ya venir cansado:  
Armaronle los suyos luego tienda,  
Donde pudiese ser agasajado;  
Ansimismo por aquel campo anecho  
Todos y cada cual sentó su rancho.

No faltó quien con rústico vocaballo  
Le dijo: « Sepa vuestra reverencia  
Ser esta gente toda del diablo,  
Y cúmplesen vivir con advertencia;  
No parezca simpleza lo que hablo,  
Pues tengo mas malicia que inocencia,  
Y aunque me veis cubierto de mal pelo,  
Uvas conozco yo de mi majuelo. »

Otro le dijo que los desarmara  
Para poder dormir seguramente,  
Y aun que los altos árboles poblara  
Con los mas levantados desta gente.  
Respondió: « Como yo tenga mi vara,  
No se desmandará cosa viviente,  
E yo pienso hacer tan buen castigo,  
Que no se burle ya nadie conmigo. »

Los huidos con disimulaciones  
Hablaban con la otra compañía;  
Hubo tan eficaces persuaciones,  
Por modo que jamás se conocia  
Que convirtieron á sus opiniones  
A muchos de los quel doctor traia,  
Y los solares rayos encubiertos  
Estaban acabados los conciertos.

» Cuando con soporíferos beñenos  
Embríaga Morfeo los mortales,  
Y están gozando ya de dulces sueños  
Los hombres y los brutos animales,  
Para quitar caballos á sus dueños  
Salen los inventores destos males,  
Sayendo cómplices en la cautela  
Los mismos que hacian centinela.

Con indios suyos, diestros y ladinos,  
A tales lances muy aficionados,  
Recogieron las lanzas y rocinos  
Con los demas pertrechos mas usados;  
E ya dispuestos para sus caminos,  
Puestos en los caballos bien armados,  
Tácticamente sin hacer estruendo  
Al rancho del doctor llegan diciendo:

« Ah, mi señor doctor! ¿ está despierto?  
Vea vuestra merced lo que nos manda,  
Que nosotros, por no volver al puerto,  
Cambiamos el timon á estotra banda,  
Pareciéndonos sumo desconcierto  
Dejar de proseguir nuestra demanda,  
Por ser negocio muy desvariado  
Tornar á desandar lo bien andado.

» Como somos personas comedidas,  
De nuestra voluntad hacemos muestra,  
Que tiene leyes no tan estendidas  
Cuanto las que mostró la mala vuestra;  
También porque mireis en las Partidas  
Alguna ley que tracte desta nuestra,  
Y si faltare, mirareis el Fuero  
Y las Pandectas, pues que sois panderero.

» Allí lo que la ley no nos declara,  
Acá desta manera lo glosamos,  
Que vuestra merced vuelva con su vara,  
Y nosotros iremos donde vamos:  
Al cetro no volvemos nuestra cara,  
Pero del mal ministro nos quejamos,  
Que piensa por sus vanos apetitos  
Que matar hombres es matar mosquitos.

» Pues muchos de vosotros, en carrera  
Donde conviene retener las riendas,  
Salís del justo curso tan afuera,  
Que siempre maquináis cosas horrendas,  
Y como cosa fácil y lijera  
Quitais vidas y honras y haciendas,  
Haciendo hacer falsos juramentos,  
Por amenazas ó prometimientos.

» Y para solapar vuestros errores  
Forzais á las ciudades y lugares  
A demandaros por gobernadores,  
Aunque con pena rompan los ijares,  
Y andais ganando firmas y favores  
De seculares y de regulares;  
Y ansi por escapar de vuestras iras,  
Escriben á su rey cien mil mentiras.

» Triste de quien rehusa la carrera  
Y deja de ayudaros con un grito,  
Porque luego se fragua la quimera  
Del grave y atrocísimo delito,  
El cual se va pintando de manera  
Que el mas ayuno del dejais ahito;  
Pues es verdad que faltarán testigos  
O que los osan descargar amigos.

T. IV.

» Pues si no favorecen el intento,  
Ni llevan de sus tipples los tenores,  
Está presta la cárcel y el tormento  
Y las acusaciones de traidores,  
El confiscar de bienes al momento  
Para los dar á vuestros valedores,  
Con revueltas, con tramas y marañas,  
De ley de Dios y rey todas estrañas.

» Con aquesto pensais dar el descargo  
De la malignidad que vais tramando,  
Como si le pusiesedes embargo  
Al divino Juez que está mirando;  
Y después de privados y sin cargo  
Andais humildes, bajos y llorando,  
Justificando vuestras injusticias  
Y vuestras insolencias y malicias.

» Y á los pobres que dábades de palos  
Hablais luego con gran melifluencia,  
Haciéndoles mil mimos y regalos;  
Y el que tiene segura la conciencia  
No teme las calumnias de los malos  
En la mas rigorosa residencia,  
Pues aquel que vivió con santo celo  
Tiene procuradores en el cielo.

» No juzguéis pues á mal que se derramen  
Contra vos cosas que no son novelas,  
Sino que bagais cuenta ser vejamen  
De los que suelen dar en las escuelas,  
Y aun si con vos de vos haceis examen  
Para mejor vivir serán espuelas,  
Como las que tenemos ya nosotros  
Calzadas para bien herir los potros.

» Porque no nos cojais en el chinchorro  
De rebeldias y de contumacias,  
Pues el captivo quiere verse horro  
De subyeccion de pleitos y falacias.  
Con todo esto, por el buen socorro  
Os damos todos un millon de gracias  
En traernos caballos y soldados  
Con que vamos contentos y aviados.

El Navarro doctor que tal oia,  
Como reconociese los engaños,  
Da voces á los suyos, y decia:  
« Viva el rey, viva el rey, mueran tacaños! »  
Pero la cuadrilleja respondia:  
« Viva, señor doctor, por muchos años!  
Con tal que no digais por el de Francia,  
Por tocaros aquella circunstancia. »

Acuden luego para la venganza  
Los que libres están de la cautela,  
Mas unos no topaban con la lanza  
Y á los otros faltaba la rodela;  
Otros tienen temor de la pujanza,  
Y cada cual de golpe se recela;  
Y ansi los del motin, la burla hecha,  
A Cubagua se van via derecha.

Caminan por aquella tierra Hana,  
Contentos del buen salto que hicieron,  
Acia la costa de Maracapaná,  
Donde yo me hallé cuando vinieron;  
Mas antes de salir de la zavana,  
Por un grande descuido que tuvieron,  
Indios de guerra les hicieron menos  
Seis ó siete soldados asaz buenos.

No los pudo seguir el bravo toro,  
Por faltalle caballos y peones,  
Y fuera gran aumento de su lloro  
Perseverar en tales intenciones:  
Determinóse pues volver á Coro  
Con dos ó tres caballos mancarones,  
Y aun del enojo por aquellos yermos  
Cayeron él y los demas enfermos.

Viendo tan mal recado y aparejo  
Para llegar al pueblo deseado,  
Adelantóse Diego de Vallejo,  
Mancebo valeroso y esforzado,  
En paz y guerra de tan buen consejo,  
Que ninguno lo dió tan acertado:  
Vive hoy con valor y santo celo,  
Y es contador real en aquel suelo.

Al pueblo declaró lo sucedido ;  
Y cosas necesarias proveídas,  
Luego volvió por el doctor perdido,  
Cuyas fuerzas estaban ya caídas,  
Pues en Coro halló recién venido  
Al obispo Rodrigo de Bastidas,  
Con provision real y poder lleno  
Para poder regir aquel terreno.

Mandándole también, que si volviese  
A la isla donde era residente,  
Entre varones nobles escogiese,  
O por gobernador ó por teniente,  
A la persona que le pareciese  
Ser para tales cargos suficiente,  
Y quel dicho doctor fuese privado,  
A causa de estar mal acreditado.

Y así, después de dar su residencia,  
A la Española yendo ya camino  
Para se presentar en el audiencia,  
Tempestuoso tiempo sobrevino,  
Con tan impetuosa violencia  
Y tan exorbitante torbellino,  
Que dieron al través en un bajío,  
Do pereció con otros del navío.

Acabó sumergido y ahogado  
Quien de clemencia nunca tuvo jugo;  
Mató sin culpa, y él murió culpado,  
Siendo las blandas aguas su verdugo,  
Y aun no sabemos si de su pecado  
En tan grave presura le desplugo,  
Por ser de tal furor aquel tormento  
Que debe de faltar conocimiento.

Al tiempo que Bastidas hizo ausencia  
Para volver adonde residía,  
Al Espira dejó con la tenencia  
Del gobierno, según él lo tenía,  
Muy en conformidad y complacencia  
De quien el mismo cargo pretendía,  
Por ser prudente todo lo posible,  
Y padre para todos apacible.

En esta coyuntura declarada,  
Fueron á Santa Marta y Cartagena  
Gentes del nuevo reino de Granada,  
Por el gran río de la Magdalena,  
Que de la prosperísima jornada  
Hicieron relacion no poco llena,  
Riquisimas cadenas en los cuellos,  
Y fué Pedro de Limpias uno dellos.

El cual á la Española hizo via,  
De esmeraldas la bolsa proveída,  
Donde sus hijos y mujer tenía  
Y do pensaba rematar su vida,  
La fama de riquezas ya corria  
Y por las islas dió tal estampida,  
Que en vaso de lijera carabela  
Pudo también llegar á Venezuela.

Como todos estaban á la mira,  
E va de Limpias viesen el recado,  
Cada cual gime, cada cual suspira,  
A causa de perder tan buen bocado,  
Levántanse los piés al George Espira,  
Y por volver mejor aderezado,  
A ver al Limpias su persona sola  
Determinó pasar á la Española.

Trajo caballos, trajo mercancia,  
Y para no llevar camino ciego,  
Vino Pedro de Limpias por su guia  
Vencido y alentado de su ruego,  
Y entre tanto que mas apercebía,  
A Lope de Montalvo mandó luego  
Con parte de la gente caminase  
Y en Barraquicimeto lo esperase.

Pero como no hay hora segura  
Desde Montalvo hizo su partida,  
Espira procuró poner en cura  
De su persona la salud perdida,  
Mas no se le quitó la calentura  
Hasta tanto que le quitó la vida,  
Y así no procedieron los conciertos,  
Porque quedaron todos como muertos.

En indios y españoles hubo lloro,  
Lamentacion y tierno sentimiento,  
Y aun en cabellos de madejas de oro,  
Pues no faltó de damas ornamento,  
Y en el templo de la ciudad de Coro  
Celebraron aquel enterramiento,  
Do por don Joan Robledo le fué puesta  
Una letra latina como esta.

Mole sub hac Formuth requiescent ossa Georgi  
Qui inuis fatis, carus erat Supertis.  
Nominie fortis erat, superabat nomina facis,  
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

En aquesta sepultura Mas á su nombre venia  
Yace George Formud, La grandeza de su hecho,  
Vaso lleno de virtud, Fue de la ciudad de Espira,  
Mas vacío de ventura, De alemana parentela,  
Ser varon de fuerte pecho Y dentro de Venezuela,  
Su nombre nos lo decia, Le llegó la fatal ira.

Estando pues Montalvo detenido  
Do dije y en la tierra circunstante,  
Supo ser el Espira fallecido,  
Y sin avío ni favor bastante,  
De todos los soldados compelido,  
Procuró de pasar mas adelante,  
Y llegó con la gente memorada  
A este nuevo reino de Granada.

Filipe de Uten vió cómo venia,  
Pero no quiso ser en el concierto,  
Antes con una breve compañía  
Luego determinó volver al puerto,  
Como quien el gobierno pretendia,  
Que por su gran valor lo tuvo cierto,  
Y porque son prolijos sus procesos  
Después os contaremos los sucesos.

ELEGIA III.

A la muerte del gobernador Filipe de Uten, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.

CANTO PRIMERO.

Después que nos dió luz la verdadera,  
Y al mundo se mostró quien lo sustenta,  
Computadas las vueltas del esfera,  
Donde febea lumbré se aposenta,  
Tomando del oca la carrera,  
Eran mil y quinientos y cuarenta  
Cuando Filipe de Uten, mozo tierno,  
Puso sobre sus hombros el gobierno.

Mas, puesto caso que en adolescencia  
Hombres valerosísimos regia,  
Su seso, su valor y su prudencia  
La falta de los dias encubria,  
Donde mostraba bien la descendencia  
Generosísima de do venia,  
Cuya virtud muy mas notoria fuera  
Si á su valor fortuna respondiera.

Obedecido con pregon solene,  
Y publicadas estas provisiones,  
Quiso ver otra vez el Papamene,  
Y escudriñar de choques los rincones,  
Por parecer á todos que conviene  
Ver el remate de sus poblaciones,  
Y con algunos para tal efecto  
Se partió para Barraquicimeto.

Para que por allí se entretuviese  
Y la gente mejor se sustentase,  
Y el resto de soldados lo siguiese  
Después que cada cual se preparase,  
Dejóles orden antes que se fuese,  
Y diestro capitán que los llevase;  
Mas antes que saliese del asiento  
De capitanes hizo nombramiento.

El maese de campo Limpias era  
Principal adalid á maravilla,  
Alcalde mayor Pedro de Ribera,  
Un noble caballero de Sevilla,  
Y Naveros llevaba la bandera,  
Dando del contador de aquella villa,  
El Arteaga, principal caudillo,  
Y con ellos Toribio de Vadillo.

Y Bartolomé Berzar, alemán,  
Hijo de generosa parentela,  
También Diego de Montes, cirujano,  
Y el padre Joan de Fructos, de Tudela,  
Con ellos Joan Dominguez Antillano,  
Joan de Guevara, Joan de Valenzuela,  
Pacheco, Joan Ibañez, vizcaino,  
Valdomeda, Briceno y Palomino.

Fué también Joan Martinez Palomero,  
Y el de su natural Joan de la Rosa,  
Cada cual de los dos tan buen guerrero  
Que podian fríales cualquier cosa;  
Ansimismo volvió por compañero  
El Bartolomé Sanchez de Hermosa,  
Con otros que ponemos en historia  
Cuando los ofreciere la memoria.

Y el capitán Gonzalo de los Rios,  
Hoy en aquella tierra tesorero,  
Que por su gran valor y fuertes brios  
Bien podia tener lugar primero,  
Como quien en sangrientos desafíos  
Nunca dejó de ser el delantero;  
El cual también en las demas entradas  
Había hecho cosas señaladas.

Como se iban pues apercebido,  
Los que seguían el guerrero bando,  
De la ciudad de Coro van saliendo  
Para do los estaban esperando:  
Arteaga los anda recogiendo,  
E yendo con cuarenta caminando,  
En unas angosturas, girararas  
Acudieron con flechas y con varas.

Y por ir descuidados del engaño,  
Picáronles las flechas y arpones:  
Hirieron á Trebejo y á Cataño  
Pasándole las armas y riñones;  
En indios de servicio hacen daño  
Quitándoles algunas municiones.  
Crece la furia deste torbellino  
Por una y otra parte del camino.

No sabiendo la gente qué se haga  
Para poder salir del angostura,  
Hábose de apeaar el Arteaga,  
Y fué subiendo por aquel altura,  
Vestido de escopil, espada y daga,  
Cubierto con el monte y espesura,  
Hasta tomar el alto de la frente  
Que tenía gran parte desta gente.

De los que mas cercanos se hallaron  
Tras Arteaga va gente rompida,  
Los cuales de tal suerte pelearon  
Que los indios pusieron en huida:  
Espadas ensangrientan, y cobraron  
Hacienda que tenían ya perdida;  
Salieron todos luego del estrecho  
Y tomaron lugar mas á provecho.

Curaron á Trebejo, y á Cataño,  
Cuya herida fué mas intestina,  
Pues para clara muestra de su daño  
Por el mismo camino de la urina  
Salía presurosa por el caño  
No poca cantidad de sangre fina;  
Pero la cura fué por tal concierto  
Que de heridas fué ninguno muerto.

Signe mas adelante su camino  
El Arteaga con los que llevaba,  
Hasta tanto que ya con ellos vino  
Donde Filipe de Uten esperaba:  
Viendo después que para su destino  
El resto de la gente no llegaba,  
Mandó volver á Coro seis soldados,  
Valientes, sueltos y hombres arriscados.

Atravesando sierras conocidas  
Para llegar á los marinos puertos,  
De girararas, gentes atrevidas,  
Fueron estos soldados descubiertos;  
Que puesto que vendieron bien sus vidas,  
Al cabo todos ellos fueron muertos,  
También Pacheco, padre de doña Ana,  
Hoy en aquella tierra viva y sana.

El alemán, que espera mas pujanza,  
Ignora la desgracia sucedida,  
Muchos meses vivió con esperanza,  
Su gente fatigada y afligida;  
Y así viendo ser grande la tardanza,  
Con ciento y doce hizo su partida,  
Pues hacer otra cosa no podia  
Por la gran hambre que se padecia.

Pues á miseria y anihilamiento  
Era venida toda la grandeza  
Que solia tener cualquier asiento,  
Y tales los extremos de pobreza  
Que cimruocos eran alimento,  
Fructa que tiene forma de cereza,  
Y aun estos en los montes ya faltaban  
Por ser grande la priesa que les daban.

Huyendo de trabajos insufribles  
Llevó mas adelante sus soldados,  
Con otras desventuras mas terribles  
Por hallarse los campos anegados,  
Y demas de las hambres invencibles  
De tigres todas horas infestados,  
Cuyas entrañas fueron sepulturas  
De muchas racionales criaturas.

Y á un rocin que estaba descansando,  
De todos el mayor y mas crecido,  
Llevó mas de cien pasos arrastrando  
Un tigre, sin poder ser socorrido:  
Después la gente que lo va buscando  
Hallaron el pescuezo ya comido;  
Y un Alonso Garcia de Ribera  
También fué cebo de la bestia fiera.

Una noche velando con cuidado  
Y dentro de pajizos aposentos,  
Arrebató también otro soldado,  
Junto de Villagrán y de Barrientos:  
Gritos oyeron dar al desdichado,  
Despiertan los que estaban soñolientos,  
Ocurre luego cierta compañía  
Por dar vida á quien ya no la tenía.

Llegando cerca pues doce cristianos,  
Con Villagrán apechugó la plaga  
Llevándolo también, y allí cercanos  
Gonzalo de los Rios y Arteaga,  
Luego se lo quitaron de las manos,  
Puesto caso que no sin una llaga  
Que descubrió los huesos de la frente;  
El cual sanó por cura diligente.

En la misma comarea, se nos cuenta  
Estar en un buñio recogidos  
Indios en cantidad mas de cuarenta,  
Con palos gruesos muy fortalecidos;  
Mas al techo subió fiera hambrienta,  
Y sin aprovechar grandes ruidos,  
Saltó por la cumbre ya rompida,  
Y á todos ellos los dejó sin vida.

Continuando pues esta jornada  
Con el rigor que tengo referido,  
Dieron en el camino de Quesada  
Y Montalvo de Lugo, que salido  
Habian deste reino de Granada  
Con número de gente bien crecido,  
Dejando ya por aquellos desiertos  
Cantidad de indios y españoles muertos.

Iban también en busca del Dorado,  
Y así siguen tras ellos estas gentes  
Por un terreno cuasi despoblado,  
Rodeados de mil inconvenientes;  
Pasaron el Guauayare ya nombrado,  
Por caminos y pasos diferentes,  
De cuando vieron antes esta tierra,  
Pues iban mas metidos en la sierra.

Porque Limpias decia, que conviene  
Seguir los pasos del amigo viejo,  
Y porque por oráculo se tiene  
De la gente comun aquel consejo,  
Vieron segunda vez el Papamene,  
Y pasaron también rio Bermejo,  
Do por la hambre ser tan escesiva  
Fué milagro quedar persona viva.